Crítica de libros

HIJO DE ESTA TIERRA, *Jesús Tomé, C. M. F.* Lírica Hispana, número 180. Caracas, 1958.

La poesía religiosa escrita por sacerdotes no suele cultivar el tono terrible a que nos tienen acostumbrados algunos seglares. Hay una serenidad (lógica por la mayor fuerza de la fe) que, desde el primer momento, nos envuelve y nos llama. En el poeta presente se produce esa llamada de un modo humanísimo, sencillo y verdaderamente humilde, en mayor medida tal vez que tenemos visto. Con sencillez y desnudez. (Adjetivos así se malgastan con frecuencia, ya es sabido.) En este caso la sencillez, incluso cuando el motivo del poema apunta a lo trascendente, y en general apunta ahí, puede originar un cierto desaliño del que me declaro partidario, cuando, como ahora, la expresión lleva carga suficiente y el poeta sabe impresionar y le disculpamos que no se detenga a pulir las piedras de su arroyo.

De primeras, el padre Tomé se enfrenta con la propia ignorancia, anticipa una actitud limpia y a salvo de vacilaciones:

Sabed que si pregunto, no soy hombre
[que duda:
soy un hombre asombrado que ignorara
[su nombre verdadero.
Necesito formarlo con todo lo que existe
y que Dios se me preste para poder lla-
[marme.

De este sentimiento, tan fundamental para entender al poeta, no se abusa. Quiero decir que el libro transcurre todo él con gran pudor y cuido de que cosas tan esenciales no se conviertan de repente en retórico ejercicio. Aparece una tierna idea de Dios, teología aparte:

Pero Dios siempre queda a la reserva:
Vino a sustituir la muerte de mi madre.
Nunca hubiera sabido administrar su
[muerte.

Alineando los motivos de *Hijo de esta tierra* — soledad, tristeza, una suerte de grande orfandad—, se piensa en aquello de convertir lo negativo en positivo:

La tristeza.
Lo que Dios nos queda todavía.

Y otras citas que podría añadir en este sentido, reveladoras de un sentimiento muy vivido, sin apenas más énfasis que el que deviene de una temática ya de por sí impresionante. El padre Tomé sabe llegarnos sin recurrir al método directo y tremebundo. Con armonía. Sus poemas pequeños son, a mi parecer, de lo más logrado que aquí hay, y cuando generaliza se nos pierde un poco, se enneblina entre imágenes de desigual factura. Verdad es que en esta poesía no importa la ausencia de brillanteces, porque ante Dios no se debe estar enjoyado. El padre Tomé, en un tono natural, hondo de sentimiento, dice el rosario de sus cosas lo mismo ante el Doncel de Sigüenza que ante una criatura desvalida.

CONJUROS, *Claudio Rodríguez*. Colección Cantalapiedra. Santander, 1958.

Ancha es Castilla. Y honda. Cuando un poeta se planta en ella, la coloca al fondo, mucha responsabilidad carga sobre sí. Es necesario estar muy seguro de que la visión —directa o indirecta— del mundo tenso y sobrio de la meseta no va a ser repetición. Pero aclaro, no vaya a tomarse contenido por continente: Lo que Claudio Rodríguez acaba de hacer en *Conjuros* es situarse con brío emocionado en su propia tierra, en el clima que orilla el Duero, no para cantar el paisaje y sus hombres, como el Machado de los lentos paseos y los temas del 98 en el pensamiento, sino para explicarse, lanzar desde ahí un ímpetu joven y cordial y como agitado. La meseta es el arranque—los pies muy en tierra— para ir al símbolo, a la categoría, sin que apenas nos demos cuenta del tránsito. Las cosas lanzan; el poeta aquí es un intenso trasvasador de realidades corpóreas a realidades espirituales. Está en Castilla, igual que en los místicos, aunque C. R. no presente ese aspecto, para el vuelo.

La forma de crear, cerca del pueblo intrahistórico, es apasionada, y el verso corto en que corrientemente se apoya da la sensación de escala urgente para llegar a algo, que unas veces es poderoso contraste y otras, casi siempre, superación de lo real sin perderlo de vista. El poeta rompe su soledad para echarse en medio de las gentes entrañables—ese "Baile de Aguedas", tan expresivo—y compartir la vida. No estamos ante una asimilación de formas populares. Claudio Rodríguez tiene su propia manera (y ya es decir bastante en estos tiempos), tiene su procedimiento—acaso excesivamente repetido en este libro—y, ante todo, es lírico. Nada de problemas "sociales", pero cuánto de comunión emocionada con otros hombres. En este nuevo enfoque—poesía barrida de aditamentos—veo lo más esperanzador de quien así escribe. De quien así escribe poniendo en el lenguaje un sabor puro y adecuado, donde la belleza, atravesada de dinamismo y ansia, no se engolfa en demasiados recreos. Justa belleza, justa palabra.

Da no sé qué hablar de técnica; pero hay mucha, muchísima técnica, que se supedita en todo momento a ese tono entre invocatorio, íntimo y de fuerte alentar. "Incidente en los Jerónimos" puede ponerse por muestra de un dominio absoluto de medios para fines. Yo tengo, sin embargo, preferencia por algunos poemas más breves y de distinta estructura. Me parecen tersos, hondos y sencillos, aunque no sean tan personales como los citados.

Otro poeta de Castilla y en Castilla haciendo camino desde lo concreto a lo absoluto. Y este absoluto, catapulta humana, sube desde la llanura y sus conjuros.

SALMOS AL VIENTO, *José Agustín Goytisolo*. Instituto de Estudios Hispánicos. Barcelona, 1958.

Este comentarista crítico se ha extrañado muchas veces de que la sátira ocupe en la literatura contemporánea española tan escaso lugar. Quizá se ha extrañado arrimando, como cada cristiano, el as-

cua a su sardina. La probada influencia de Quevedo se limita a un aspecto de su genio, él, que no sólo fué anfitrión de la sangre y de la pena. De poco tiempo disponemos (todo el mundo se queja), pero lo echamos en lamentaciones, cursilerías, exquisiteces de lenguaje y técnica, mucha técnica. Los poetas están simplemente tristes, ¿qué tendrán los poetas? Este comentarista, poeta también—si no, ¿cómo iba a poder estar tan atento a los libros de los demás?—, siente el deseo ahora de poner aquí, en vez de esta nota, una jubilosa carta a J. A. Goytisolo, en Barcelona, aunque no lo conoce personalmente, porque cuando estaba extrañándose —una vez más—de la espantosa ausencia de gracia y de intención, ha leído ese poema "Los celestiales" que resume el proceso de nuestra poesía en los últimos tiempos. Aquí está la sátira. Lo que se ha dicho y se ha oído tantas veces en privado, puesto en el papel.

Goytisolo no se ha preocupado mucho de exquisiteces, técnicas y redondeamientos. Ha ido a decir cosas interesantes, que se salen del patroncito habitual. Y lo ha conseguido. Lo ha conseguido poniendo la Biblia a la orden del día. Y como en la Biblia está todo, en el libro de Goytisolo, que afortunadamente no tiene una unidad excesivamente encorsetada, alternan el atractivo de la narración—a veces parece prosa—, la sonrisa y el gesto emocionado.

El Señalado está y no está con todos,
estudia, come, igual que los demás,
se fatiga y enferma. Pero luego
conoce y ve las cosas de forma diferente,
vela en las noches, acomete y ama.

El poema "Autobiografía" me recuerda aquello que le decía su profesor a Baroja: "Tú nunca serás nada." Goytisolo tiende a ejemplarizar mediante cuadros de gracia objetiva—no carga la intención demasiado—y logra un libro interesante por haber tenido el acierto de no seguir la corriente.

REBELDÍA, *Arcadio Pardo.* Valladolid, 1957.

Hace algunos años el ausente, callado y buen poeta Eugenio de Nora tuvo el acierto de decir en aquella famosa *Antología consultada* que la poesía moderna era como el cuplé: "ansiedad, angustia y desesperación". Si mal no recuerdo, lo cantaba Machín, ajeno por completo a menesteres líricos. Pues bien, aquel lema tan espeluznante, con música o sin música, sigue cumpliéndose de cuando en cuando al pie de la letra.

La verdad es que quienes, dentro de veinte años, busquen el espíritu de una época y sus hombres en los libros de poesía van a quedar bastante desconsolados, y no sé si podrán explicarse muchas cosas, muchos sentimientos. Después podrá confundirse lo auténtico con lo no auténtico; no va a importar demasiado. Quien mejor lo diga, ése gana, aunque sea un embustero; aunque, mientras habla de angustia, esté pensando que hace bonito aparecer así como asustado y sin salida posible. Es poco distinguido, al parecer, confesarse de buen talante un día o medio satisfecho y escribir versos entonces. Pero ¿qué dirían los otros poetas o los lectores en general? Le pondrían de frívolo para arriba.

Arcadio Pardo ha escrito un libro nada frívolo. Un libro dramático y

tremendo, y en el que puede percibirse bien ese tono tan de nuestros días, o por lo menos, de ayer. A esto se ha llamado *poesía desarraigada:*

Recurrí a la locura. Me inventé los ca-
[minos.
Me creé el infinito y descendí al infierno.
Recogí una cosecha de alacranes y espinos
y me asomé al brocal del muladar eterno.

Todos los elementos y recursos que han ido acumulándose en estos años para dar fe del estado de una generación los encontramos aquí. En este sentido *Rebeldía* es un libro testimonial—otra palabra que también se dice mucho—, crujiente, desolador. Tajante en su forma...

Creé y desbaraté. Todo está hecho.
Quedamos tres: la tierra, yo, el camino,
y arriba la tormenta que amenaza.

Es éste el contundente final de una serie de sonetos en la que Arcadio Pardo demuestra dominar, para sus fines, la forma retórica de estas situaciones. Ya casi al final —es la costumbre—el horizonte se entreabre un poco y aparece el vago deseo de Dios. Es buena manera de terminar. Al fin, la angustia cede en la última página:

Que la corriente arrastre estos despojos.
Vibra en el aire ya la primavera.
Ya no soy yo. Estrangulé la angustia.
Brillan extrañamente las estrellas.

Rebeldía, con final feliz, no dudo que sincero, es un libro típico, correcto y parecido a otros tantos.

JIMÉNEZ MARTOS.

